Prólogo

En este libro se muestra una recopilación de cuentos que fueron escritos por mi papá, Raúl Curiel Galván (1911-2001), narraciones de su juventud, de misterio que involucra decisiones éticas, de su trabajo en el Gobierno, de anécdotas de su vida universitaria, de la vida familiar, de los relatos de su suegra. Muestran cómo era la vida antes del INTERNET y la telefonía móvil.

Descubrí estos cuentos en el archivero de la casa de mi mamá, los leí de nuevo, y me parecieron fantásticos, merecen ser impresos en un libro para que mucha gente pueda gozar de ellos.

Agregué el cuento “El círculo” de mi autoría, tratando de escribir como lo hubiera hecho mi papá.

El cuento “Las últimas 24 horas” fue escrito por mi hermana Rosita, la idea del cuento fue de mi papá.

El cuento “La sonrisa” fue escrito por mi hermana Conchita hace muchos años.

En fin, once cuentos que espero sean de su agrado, y te hagan reflexionar sobre la vida en este mundo.

Por último, estos cuentos son ficticios, producto exclusivo de la imaginación de mi papá, de mis hermanas, y mía. Por lo que cualquier parecido con personas, empresas o situaciones reales es mera coincidencia.

Contenido

[Perdido](file:///C:\Users\demet\Desktop\EMPIEZA_A_ESCRIBIR\LIBRO_cuentos_de_papa\carpeta_KINDLE\Cuentos_de_mi_papa.docx#_Toc136112977)

[Los velices](file:///C:\Users\demet\Desktop\EMPIEZA_A_ESCRIBIR\LIBRO_cuentos_de_papa\carpeta_KINDLE\Cuentos_de_mi_papa.docx#_Toc136112978)

[El fotingo](file:///C:\Users\demet\Desktop\EMPIEZA_A_ESCRIBIR\LIBRO_cuentos_de_papa\carpeta_KINDLE\Cuentos_de_mi_papa.docx#_Toc136112979)

[Las últimas 24 horas](file:///C:\Users\demet\Desktop\EMPIEZA_A_ESCRIBIR\LIBRO_cuentos_de_papa\carpeta_KINDLE\Cuentos_de_mi_papa.docx#_Toc136112980)

[El Círculo](file:///C:\Users\demet\Desktop\EMPIEZA_A_ESCRIBIR\LIBRO_cuentos_de_papa\carpeta_KINDLE\Cuentos_de_mi_papa.docx#_Toc136112981)

[Los apuros de doña Lupe](file:///C:\Users\demet\Desktop\EMPIEZA_A_ESCRIBIR\LIBRO_cuentos_de_papa\carpeta_KINDLE\Cuentos_de_mi_papa.docx#_Toc136112982)

[La visita](file:///C:\Users\demet\Desktop\EMPIEZA_A_ESCRIBIR\LIBRO_cuentos_de_papa\carpeta_KINDLE\Cuentos_de_mi_papa.docx#_Toc136112983)

[La orden del baño](file:///C:\Users\demet\Desktop\EMPIEZA_A_ESCRIBIR\LIBRO_cuentos_de_papa\carpeta_KINDLE\Cuentos_de_mi_papa.docx#_Toc136112984)

[Diario de un burócrata](file:///C:\Users\demet\Desktop\EMPIEZA_A_ESCRIBIR\LIBRO_cuentos_de_papa\carpeta_KINDLE\Cuentos_de_mi_papa.docx#_Toc136112985)

[El misterio de la ventana](file:///C:\Users\demet\Desktop\EMPIEZA_A_ESCRIBIR\LIBRO_cuentos_de_papa\carpeta_KINDLE\Cuentos_de_mi_papa.docx#_Toc136112986)

[La sonrisa](file:///C:\Users\demet\Desktop\EMPIEZA_A_ESCRIBIR\LIBRO_cuentos_de_papa\carpeta_KINDLE\Cuentos_de_mi_papa.docx#_Toc136112987)

[Epilogo](file:///C:\Users\demet\Desktop\EMPIEZA_A_ESCRIBIR\LIBRO_cuentos_de_papa\carpeta_KINDLE\Cuentos_de_mi_papa.docx#_Toc136112988)

[Agradecimientos](file:///C:\Users\demet\Desktop\EMPIEZA_A_ESCRIBIR\LIBRO_cuentos_de_papa\carpeta_KINDLE\Cuentos_de_mi_papa.docx#_Toc136112989)

# Perdido

El muchacho y su tío salieron por la mañana temprano; la jornada prometía ser larga y aunque las mulas eran de buen andar, el camino de tierra no estaba de lo mejor, pues las últimas lluvias lo habían dejado en mal estado.

El muchacho dormitaba a intervalos haciendo equilibrio en el asiento delantero del carretón, mientras su tío, con mano firme y experimentada, manejaba las riendas y hacia restallar el látigo cuando lo pesado del camino obligaba a las mulas a aumentar sus esfuerzos para mover las ruedas; poco a poco comenzó a aparecer la claridad del día y se iniciaron los cantos de los pajarillos junto con los innumerables ruidos que acompañan el despertar de la naturaleza.

El muchacho venía de la ciudad y este era su primer contacto con la vida del campo; las vacaciones se las había prometido su padre, como premio a sus buenas calificaciones en los exámenes finales. Su tío, que se sentía orgulloso de él, le aseguró por su parte, que lo adiestraría debidamente en esa clase de vida. Cuando el viejo consideró que ya había claridad suficiente, detuvo el vehículo y despertó al muchacho diciéndole que tomara su rifle y se adelantara en el camino, pues podía, con suerte, tropezar con algún venado. Le recomendó que, si esto sucedía, se acercara al animal con cuidado, y procurara no tirar con dirección al camino. Por su parte, él lo seguiría en el carro a cierta distancia, para no ahuyentar a los animales con su ruidoso rodar.

El muchacho cogió el rifle, saltó del vehículo y avanzó con paso rápido. Después de caminar un buen trecho se detuvo y comprobó que se hallaba a la distancia adecuada del carretón pues apenas se oía el apagado rumor que producía al moverse. Reanudó la marcha vigilando los matorrales y tratando de penetrar con la mirada, a través del follaje con la esperanza de ver algún animal.

El camino ascendía suavemente hacía unas mesetas de poca altura; desde allí el paisaje, hasta donde se perdía la vista en el horizonte, se repetía constantemente; estaba formado por una serie de lomas con un monte bajo y abundante interrumpiéndose ocasionalmente por algún arbusto solitario que se destacaba como vigilante centinela.

El muchacho continuó avanzando por el camino real el que en ocasiones formaba extraños recovecos, motivados por los desvíos hechos para evitar el paso de algún atascadero o algún tramo en malas condiciones. Maquinalmente tomaba estos atajos los que, al poco andar volvían a unirse con el camino. En una de tantas ocasiones, el muchacho tomó lo que creyó era un atajo que se abría hacia la izquierda del camino real, en un lugar en que engañosamente, este hacia una curva que aparentaba que la desviación se encontraría nuevamente con él.

Al poco andar por el atajo, vio que algo se movía en la espesura, por lo que concentró toda su atención en el objeto. Se fue acercando cautelosamente, pero resultó ser un caballo que pastaba apaciblemente; algo decepcionado continuó por el atajo decidido a seguir hasta encontrar alguna pieza de cacería que compensara sus afanes; así transcurrió el tiempo hasta que algo le comenzó a causar inquietud. Concentrada su atención en la caza, no se había dado cuenta de que ya había caminado bastante y el camino real no aparecía.

Pensó que posiblemente el atajo era muy largo y con esta esperanza continuó avanzando; caminó otro rato hasta que se detuvo al ver que paulatinamente el atajo se iba volviendo cada vez más estrecho y las huellas del tránsito por el mismo, se perdían en la espesura.

Giró en redondo pensando en desandar lo andado, pero ya había avanzado demasiado y de proceder en esa forma calculó que llegaría al cruce con el camino real cuando ya hubiera pasado el carro de su tío; reflexionó un instante, comprendió que había cometido un error al tomar un atajo que no lo era y decidió avanzar por entre el monte dirigiéndose en línea recta hacia la derecha, en forma tal que volviera a cortar el camino real más adelante.

Por la imaginación del muchacho pasaron rápidamente todas las historias de aventuras a que era tan afecto y que había leído con tanta frecuencia. Dejaré huellas de mi paso, se dijo, y así en caso de que me pierda, sabrán por dónde me he ido. Marcó con un palo una flecha en la tierra suave y con su cuchillo de monte cortó las ramas de unos arbustos para señalar en esta forma la dirección en que se apartó del atajo. Caminó en dirección hacia el sol pensando que mientras tuviera el sol de frente no se desviaría de la línea que se había trazado; ya para entonces había olvidado la cacería y empezaba a sentir la opresión que le producía la angustia de la soledad. Para no desviarse, caminaba en línea lo más recta posible, bordeando solamente los mogotes más cerrados, pues temía perder su sentido de la orientación en alguno de esos rodeos; en línea recta subía las lomas y descendía las cañadas en donde, para abrirse paso a través del monte cerrado, se ayudaba con su rifle.

Así transcurría el tiempo y el camino no aparecía; un cúmulo de pensamientos se agolpaban en la mente del muchacho, recordaba que precisamente el día anterior había oído platicar a su tío que en esa meseta era fácil perderse, porque no existían accidentes del terreno que sirvieran de punto de referencia y que en cierta ocasión un pobre pastor se extravió y solo lo localizaron por los círculos que formaban las aves de rapiña al volar sobre sus despojos mortales; pensaba en su familia y hacía esfuerzos inauditos para que el pánico no se apoderara de su espíritu y lo hiciera perder la cabeza. No sentía la sed ni el cansancio ni los rasguños que se hacía al cruzar por entre el monte, solo tenía un anhelo, volver al camino real. Mientras tanto el sol continuaba cada vez más alto.

—Tengo que seguir con rumbo al sol—

—Tengo que seguir con rumbo al sol—

Se repetía continuamente. De pronto al llegar a la cima de una de las mesetas se detuvo de golpe; el sol está muy alto, pensó

—¿cómo sé si con mi angustia y mi fatiga no he notado que ya pasó por el zenit y va descendiendo hacia el ocaso? —

Tengo que averiguarlo. Su mente disciplinada en el estudio, le dio la solución. Tomó una pequeña vara, la clavó en el suelo y se puso a observarla; si la sombra se acorta, pensó, es que el sol todavía va subiendo, si se alarga quiere decir que ya cruzó por el zenit y en ese caso voy en dirección equivocada y me he perdido. De bruces en el suelo contempló por unos minutos ansiosamente la sombra. Esta se iba acortando. Se levantó con más confianza.

—Voy en buena dirección—, se dijo, lo que pasa es que el atajo formaba un ángulo más abierto con el camino real de lo que yo me imaginaba

Al llegar a la siguiente colina, y no distinguir el camino se detuvo de nuevo. Gritó

—tío, tío, aquí estoy—

y escuchó atentamente pero no obtuvo respuesta, en aquella atmósfera pesada y agobiante del mediodía; disparó su fusil al aire esperó un rato, pero nada sucedió; el silencio era total; descorazonado, continuó la marcha. En la próxima meseta debo ver el camino, pensó para sí, pues he caminado mucho, pero no sucedió así. Levantó la vista al cielo, sabía que a medida que subiera más el sol le iba a ser más difícil orientarse y en ese momento los vio: eran unos puntos negros que lentamente describían un círculo en el cielo, completamente despejado. Sintió que se humedecían sus ojos y no supo si era por el ardor de los rayos del sol o por la desesperación que embargaba su alma; pero se sobrepuso a su angustia. No me vencerán, se dijo, seguiré caminando hasta agotarme, pero encontraré el camino.

No se explicaba lo que pasaba. Había aplicado sus conocimientos y sus razonamientos para resolver lógicamente esta situación y no lo había logrado; las cosas seguían igual, como si hubiera algo que le faltara considerar, mientras así reflexionaba llegó a la cima de la siguiente meseta y nuevamente le invadió la desesperanza al no distinguir el camino

—¿Qué es lo que sucede? ¿por qué no lo encuentro? —

se preguntaba ansiosamente. Al ver un arbusto que sobresalía entre los demás, dejó su rifle en el suelo y trepó a las ramas más altas para ver mejor.

Con la mirada comenzó a recorrer lentamente el horizonte y de pronto allá, muy lejos, hacia el norte, distinguió claramente el brillo de la blanca torre de una iglesia.

—Gracias Dios mío, me he salvado— exclamó

Sintió una alegría grandísima como si aquella torre estuviera a unos cuantos pasos de distancia. Fue entonces cuando comprendió que era lo que le había faltado “la fe en Dios”.

Descendió del árbol y decidió continuar la búsqueda, pero ya sin temor. Continuaría en la misma dirección hacia el sol y si en la próxima meseta no distinguía el camino real, entonces cambiaría de rumbo y se dirigiría directamente hacia aquella torre.

Pero al llegar a la siguiente meseta, allá en el valle, distinguió el camino. Sintió tal alegría que se lanzó en loca carrera sobreponiéndose al cansancio hasta alcanzarlo.

Al poco tiempo lo recogieron unos viajeros y pocas horas después llegaron al pueblo en donde su tío alarmadísimo organizaba una partida para ir en su búsqueda.

Después de tomar alimento y descansar un buen rato de las emociones recibidas, junto a su tío reanudo la marcha hacia su destino. Recorrieron un buen trecho del camino hasta que el viejo mirando de reojo al muchacho, que había permanecido silencioso, le preguntó

—¿Qué te pasa hijo? deja de preocuparte más, olvídate de que estuviste perdido—

No es eso, tío, le contestó el muchacho, es que ahora comprendo que estuve doblemente extraviado. **Eran dos los caminos que había perdido.**

# Los velices

Don José lanzó un suspiro de alivio al divisar en la lejanía, el reflejo de los últimos rayos del sol, en el techo de su cabaña. El regreso de la ciudad había estado lleno de contratiempos, su viejo Ford, vestigio de una época más bonancible, se había rebelado y además de un pinchazo en una llanta, el carburador volvió a darle lata. La perspectiva de recorrer la última etapa de aquel mal trazado camino, en la oscuridad, con la sola compañía de su hija, lo había intranquilizado bastante.

La joven, único lazo que lo unía a este mundo, como de costumbre había contribuido a aplacar sus nervios, con su aire de confianza y seguridad. De estatura regular, complexión delgada y facciones comunes, no se distinguiría entre un millar de sus semejantes si no fuera por sus ojos. Eran unos ojos negrísimos, bordeados por unas cejas perfectas y unas pestañas onduladas y finas. Su mirada, muy dulce, dejaba una sensación de placidez y tranquilidad espiritual, con un algo de tristeza. Don José sentía un profundo cariño por su hija, hubiera deseado para ella lo mejor del mundo, y su continuo tormento era haberla llevado a su condición actual.

Hijo de una familia acomodada, su vida había transcurrido sin mayores problemas económicos, dedicado a administrar sus bienes y viviendo feliz al lado de su esposa e hija, en un ambiente de lujo y confort; pero al morir trágicamente la compañera de su vida, el golpe fue demasiado fuerte para él, su voluntad, que no se había templado en la adversidad, fue debilitándose paulatinamente haciéndolo perder el interés en la vida social, sus negocios se fueron reduciendo al igual que sus bienes de fortuna, hasta obligarlo a refugiar su fracaso en aquella cabaña que en épocas pasadas había servido de lugar de verano a la familia. Hallábase situada en medio de la llanura, lejos del bosque, y la monotonía del paisaje hacía destacar más su soledad. Después de dejar a su hija en la puerta de la cabaña, condujo el carro al cobertizo. Al oír que su hija lo llamaba, apresuró sus pasos. Al entrar a la cabaña, la encontró junto a la chimenea contemplando con extrañeza algo que estaba sobre el piso. Eran dos finos velices de cuero color caoba con relucientes cerraduras de latón y las llaves adheridas a los mismos, como invitando a hacer uso de ellos para abrirlos.

—¡Qué raro! — exclamó don José, ¿quién los habrá dejado?

—¿Hay alguien por aquí? — gritó varias veces, pero nadie respondió. Padre e hija, buscaron inútilmente por toda la casa, algún indicio que les dijera la procedencia de aquellos velices sin ningún resultado, Don José recorrió los alrededores de la cabaña llamando a voces. Todo estaba en su sitio. Parecía como si aquellos velices hubieran caído del cielo.

—Y si los abrimos— dijo Luisa,

quizá en su interior encontraremos algo que nos ayudará a localizar a su dueño.

—Me parece bien— dijo Don José

—cómo pesan— exclamó al levantarlos y colocarlos sobre la mesa; hizo girar la llave de la cerradura de uno de ellos, y al levantar la tapa aparecieron los billetes. Estaban perfectamente alineados en paquetes. con sus cintillas intactas, indicando su alto valor; de un golpe, el ojo experto de Don José abarcó la magnitud de la fortuna que se encerraba en aquel veliz. Con manos temblorosas removió los paquetes buscando algún papel o documento revelador de aquel misterio, pero no encontró otras cosas que billetes. Luisa abrió cuidadosamente el otro veliz, y se encontró exactamente lo mismo, el veliz estaba lleno de billetes de banco. Padre e hija se miraron haciéndose una muda interrogación,

¿Qué significaba aquello?